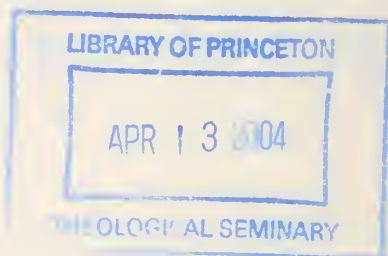


**PERIODICALS**

PER  
BX  
1427  
.A1  
P483  
no.  
69-145



PER BX1427.A1 P483

Pentecostes.



Digitized by the Internet Archive  
in 2016

<https://archive.org/details/pentecostes1321apos>



No. 132 Unavailable

LAP



# PENTECOSTES

3<sup>a</sup>. Epoca

Núm. 132

Septiembre 1<sup>o</sup> de 1955



## LA MADRE DOLOROSA

UNO de los grandes conquistadores de todos los tiempos, aun a pesar de sus defectos, fue Pizarro. Era un hombre de su tiempo, arrojado, aventurero, tenaz. Cuando llegó con sus compañeros a la tierra desconocida; cuando todo parecía estar en su contra y, sobre todo, cuando muchos de los que iban con él dieron un grito de protesta y querían regresar a su patria, Pizarro desenvainó la espada, la clavó en el suelo y dijo: *"Si alguno tiene miedo, póngase de aquel lado de mi espada; los valientes vengan conmigo"*.

El más grande conquistador de todos los tiempos, Cristo Señor Nuestro, ha levantado su espada de dos filos, su Cruz bendita, entre nosotros y el Paraíso celestial y ha dado su grito de guerra: *"Si alguno tiene miedo de mi Cruz y no quiere ir al cielo, permanezca de ese lado; pero el que me ame, venga Conmigo"*.

Muchos cobardes han despreciado y temido el dolor y la Cruz de Cristo; pero gracias al cielo, muchos otros han corrido a abrazarse y clavarse en ella. Es la historia de los Santos.

Pero la primera criatura que fue fiel en seguir a Jesús, la que escuchó con suma generosidad ese grito guerrero y de conquista, fue María, la Virgen Santísima.

De Ella nos dice la Escritura que *"su dolor es grande como el mar"* y *"que no hay dolor semejante a su dolor"*.

¿Cómo se puede compendiar ese milagro de dolor? De manera especial en la frase por todos conocida: *Mater Dolorosa*.

El fondo de sus sufrimientos está en su doble maternidad. Sufrió por ser Madre de Dios y por ser Madre de los hombres.

### LA DOLOROSA MADRE DE DIOS

La circuncisión, la huída a Egipto, la pérdida de Jesús en el templo etc., no fueron sino los preludios. La fase final de

dolor estaba reservada, sobre todo, para el tiempo de la Pasión y en ésta, para el instante supremo, el Calvario.

A los pies de la Cruz, María lo veía todo. Cuando Agar en el desierto no tenía para su hijo ni alimento ni agua, lo depositó en el suelo y huyó aterrorizada; no quería verlo morir. La Virgen Santísima, en cambio, contemplaba las heridas de su Hijo, la sangre que gota a gota caía de su cuerpo, el rostro contraído, en una palabra, la muerte que se acercaba paso a paso.

A los pies de la Cruz, María lo oía todo. En general las madres no soportan que insulten a sus hijos; o los defienden o, cuando no pueden, se alejan para no oír los insultos. María escuchaba todas las blasfemias, todos los dardos llenos de odio en contra de su Hijo divino: "*Tú, que te dices Dios; Tú, que reedificas el templo en tres días, descende la cruz y sálvate...*" La dulce Dolorosa, oía y callaba.

Al pie de la Cruz, María lo sentía todo. La respiración de Jesús se hacía cada vez más difícil. María sentía que también a Ella le faltaba la respiración. Sentía agudos clavos en sus manos y en sus pies. Su corazón parecía que se iba a romper. ¡Ah! y cuando su Hijo exclamó: "*¡Tengo sed!*", ¡qué tormento para su Corazón de Madre el no poderle dar un vaso de agua para calmarla!

A los pies de la Cruz, María lo comprendía todo. De manera especial, el momento del dolor supremo de Cristo, cuando se sintió con la carga pesada de todos los pecados del mundo y sus labios exclamaron: "*¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?*" Ella, su Madre, sabía a que se refería; pero no podía hacer nada. Su amor, en cierto modo, en aquellos instantes no valía nada y no podía nada. ¡Qué sufrimiento para su Corazón maternal! Cuando se ama y no se puede ayudar a la persona amada; cuando el amor está atado, se convierte en dolor indecible.

¡Qué cierto es que jamás podremos comprender el fondo sin fondo del dolor de María Santísima. Mas, al mismo tiempo, tampoco comprendemos su gozo y su alegría, su paz celestial.

Porque a la luz del Espíritu Divino, comprendía la Voluntad del Padre y veía que, aun en medio de aquel terrible dolor y sólo por medio de él, podía ser para siempre la Madre de Dios.

Por esto los autores nos dicen que entonces fue cuando, bajo la luz más alta, comprendió a fondo el sentido de su vida y volvió a repetir el "*Fiat*" de la Encarnación.

En aquellos momentos se desgarraba todo su ser; pero por eso mismo, se consumaba su Maternidad divina y claramente

veía que ese supremo dolor era la manifestación suprema de su amor maternal. Por eso tenía la fuerza de permanecer de pie: *Stabat Mater!* Sí, ahí estaba; pero estaba de pie y estaba como Madre.

Cuántas veces en la vida humana, por egoísmo y por falta de generosidad, se pierde la dicha del verdadero amor. ¡Ah! cuando se comprende que el dolor, sobre todo en las cosas divinas, es fuente de amor supremo, no se le teme, no se le huye, al contrario, se le busca, se le anhela.

Un alma ansía transformarse en Cristo ¿Cual es el camino? Tan sólo la Cruz. Pero, si cuando llega, el miedo, el egoísmo, el orgullo la vencen, todo está perdido.

Al contrario, si como María, el alma contempla en esa Cruz la ocasión de mostrar su amor, ¡qué diferencia! Con razón los santos han dicho, porque lo han experimentado, que no hay dulzura comparable a la de sufrir por Cristo.

Así la escena se repetirá mil veces: mientras la tierra tiembla, y el sol se oculta en pleno día, y se razga el velo del templo, y los sepulcros se abren; el amante de Cristo, como la Madre Dolorosa, permanecerá de pie; es la eterna llama de amor que brilla, calienta y sube a lo alto, nacida de los trozos de madera que mueren y desaparecen.

## LA DOLOROSA MADRE DE LOS HOMBRES

En general, el cristiano gusta de contemplar a la Dolorosa traspasado su Corazón por siete punzantes espadas. Y sin embargo, cuántas veces Ella misma, volviendo su rostro dulce y dolorido hacia la humanidad, le puede decir: un dolor más grave y mayor que estos siete me lo has dado tú... —¿Pero, es posible? —Sí, no tan sólo posible; es una triste realidad...

Una rica señora de París tenía un hijo. Para ella lo era todo; en él reunía el recuerdo de su esposo muerto y las esperanzas del porvenir. Por eso quiso darle la más esmerada educación. A fuerza de sacrificios le consiguió los mejores profesores y después lo envió al extranjero. Desde aquellas tierras lejanas recibía las cartas de su hijo, llenas de cariño, sí, pero siempre pidiendo dinero. La madre no dejaba de mandarle pensando en los títulos que alcanzaría su hijo y en el gusto de estrecharlo en sus brazos, convertido en un hombre de ciencia.

Los bienes se fueron agotando; la madre fue vendiendo todo hasta quedar casi en la miseria. Por fin, un día la carta de su hijo le anunció su regreso y al mismo tiempo le pedía el dinero necesario para el viaje. Feliz, la madre trabajó día y noche para juntar la suma que pedía y enviársela. Pero, cuando la puerta de su casa se abrió, sus ojos tan sólo vieron



a unos hombres que venían a decirle que su hijo estaba encarcelado por su mala conducta en el extranjero. La pobre mujer que había sacrificado todo por su hijo, no pudo sino llorar y decir: ¡Esto es demasiado!...

Este ejemplo se puede aplicar a la Santísima Virgen. Ella ha dado todo por nosotros sus hijos; su maternidad sobre los hijos de Eva nació precisamente cuando todo, aun a su mismo Hijo, lo ofreció por los pecadores.

¿Cuál es el porvenir? ¿Cuál es la respuesta a la humanidad? ¿En dónde está el provecho de todas las riquezas que Ella ha dado y sacrificado para el bien del hombre?

¡Qué falta de conciencia, qué falta de amor a las cosas sobrenaturales! Tan sólo vida material, sensualismo, egoísmo y, en una palabra, nuevas crucifixiones de Cristo, el Hijo amado.

La Sagrada Escritura dice: "*gemitus matris tuae ne obli-  
viscaris*. No te olvides de los gemidos de tu madre".

Ese es el camino; es tiempo de reconquista, de lucha, de amor.

Si María llora, que no llore por nosotros, es decir, por nuestra culpa. Si María siente la pérdida de las almas, que no sean las nuestras las que se pierdan. Si las espinas punzan su Corazón maternal, que no sean nuestras espinas.

Si de Ella se dice que no existe dolor como el suyo; que de nosotros, de manera especial de los que estamos consagrados al servicio de las cosas altas por vocación, se diga que para consolar no existe amor como nuestro amor; es decir, el amor brotado del dolor y de la cruz, sobre todo del sufrimiento supremo de morir a nosotros mismos y vivir tan sólo de Dios y para Dios.

ROBERTO GONZÁLEZ COLUNGA, M.Sp.S.

---

---

## P E N T E C O S T É S

REVISTA MENSUAL

Dirigida por los Misioneros del Espíritu Santo.

ORGANO DE LOS APOSTOLADOS DE LA CRUZ Y DEL ESPIRITU SANTO

DIRECTOR RESPONSABLE: J. G. TREVIÑO

Ap. N° 1580. Ofic.: Madero 42-31. Tel. 35-00-99. México 1, D. F.

Suscripciones: por un año \$ 2.00. Número suelto \$ 0.20. En el extranjero: Dlls. 0.25. A los Agentes les hacemos descuentos especiales. A la persona que nos coloque 5 suscripciones, pago adelantado, le obsequiamos una por un año.

---

Registrado como artículo de 2ª clase en la Oficina de Correos de México,  
el 27 de abril de 1937.

---



## El Apostolado de la Cruz, remedio del sensualismo actual

(CONCLUYE)

### II.—EL APOSTOLADO DE LA CRUZ REMEDIO DE ESTOS MALES

SAN Pío X, en su Encíclica "Quadragesimo Anno", nos dice: *"La raíz y al mismo tiempo, la fuente del alejamiento de la ley cristiana en las cosas sociales y económicas, y por consiguiente, de la apostasía de la fe católica... en muchos, son las pasiones desordenadas del alma, triste consecuencia del pecado original; éste deshizo de tal modo la concordia admirable que existía entre las facultades humanas, que el hombre, arrastrado fácilmente por la ambición, se siente verdaderamente obligado a anteponer los bienes caducos de este mundo a los bienes celestiales y duraderos"*.

Vuelve a ser actual la palabra clásica de San Juan, en su primera Epístola: *"Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo (1)"*.

Estos tres ríos envenenados, sin embargo, vienen de una primera fuente envenenada, de aquello que llamó Santo Tomás raíz y fuente de todo mal moral: del amor desordenado de nosotros mismos *"Inordinatus amor sui est causa onnis peccati (2)"*.

Ya decía San Agustín: *"Dos amores fundaron dos ciudades; el amor de Dios sobre todas las cosas, llevado hasta el desprecio de nosotros mismos, fundó la ciudad del Bien; y el amor de nosotros mismos hasta el desprecio de Dios fundó Babilonia la ciudad del mal (3)"*.

El mal moral en el hombre está escondido en su propio espíritu, por eso decía Nuestro Señor: *"...del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, las fornicaciones, los*

robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto es lo que hace impuro al hombre... (4)".

Con admirable precisión nos hace ver Santo Tomás que en el amor de sí mismo está incluido el apetito desordenado del bien, pues cada uno de nosotros busca el bien para aquél a quien ama. "*In amore autem bonum sui includitur inordinatus appetitus boni, unusquisque enim appetit bonum ei, quem amat* (5)".

Luego nos hace ver el santo Doctor cómo la concupiscencia de la carne es el apetito desordenado del bien deleitable; la concupiscencia de los ojos es el apetito desordenado de las cosas externas, como el adorno y las riquezas; y la soberbia de la vida, el apetito desordenado de la propia excelencia.

Pero este triple apetito desordenado que nos conduce al pecado, nace y se origina de una primera causa interior, esto es, del amor desordenado de nosotros mismos.

Es admirable cómo el Apostolado de la Cruz viene a sanar nuestro apetito concupiscible, con la virtud de la pureza; el apetito irascible, con el espíritu de sacrificio para impulsarlo a las cosas arduas y difíciles, pero posibles, como lo es la santidad; y por último, el apetito racional, esto es, la voluntad, a la que purifica y santifica por la caridad divina.

En fuerza de la ley de sustitución, el Apostolado de la Cruz trata de poner al amor divino en lugar del amor desordenado de nosotros mismos; y contra la triple concupiscencia que dejó en nosotros el pecado original, la triple fuerza sobrenatural de la caridad, de la pureza y del sacrificio; y más que combatir vicio por vicio, y pecado por pecado, trata de sanar la fuente misma para purificar las aguas que de ahí vienen, y contra el sensualismo, que es la tibieza espiritual, poner la austera y amable virtud de la Cruz de Cristo.

Toda la riqueza espiritual de la Iglesia Católica y toda la virtud poderosa de Cristo tiene por objeto santificar al mundo; a ello van encaminados los ejercicios espirituales, los sacramentos, la oración, la predicación y sobre todo la santa Misa.

Las Obras de la Cruz, bendecidas por la Santa Iglesia, tienden a salvar al mundo; es admirable cómo en el poco tiempo que llevan de establecidas en la Iglesia han realizado prodigios de vida cristiana. Es notable cómo el Apostolado de la Cruz, fundado para conducir a los fieles a una intensa unión con Dios por la práctica generosa de las virtudes, especialmente de la caridad divina, de la pureza y del sacrificio, ha obrado maravillas de transformación en las Parroquias y en las ciudades de nuestra Patria.

Al hombre entregado a las exigencias de una vida de sensualidad y manchado con las impurezas de los vicios, hay que elevarlo, purificarlo por el Apostolado de la Cruz.

Así es en efecto.

*“Quiere el Apostolado de la Cruz, dice el Manual del Apostolado, que concluya por fin la vida de sensualismo, de comodidad, de falsa piedad y que, purificadas las almas por el sacrificio, arranquen la venda de sus ojos y se arrojen al sufrimiento, a la Cruz, al vencimiento propio, a la crucifixión exterior e interior, EN UNION DE JESUS, CON LA CUAL SE AMA, SE EXPIA Y SE MERECE... (6)”.*

*Dos fines tiene pues el Apostolado de la Cruz, el uno negativo que es quitar de las almas la inclinación desordenada a lo deleitable, lo que se lleva a cabo por la práctica de la mortificación cristiana y de la pureza; y el otro positivo, que es unir a las almas con Cristo Redentor por la práctica generosa de la caridad; y así unidas con Cristo amen, expíen y merezcan en favor del mundo.*

*Podemos decir, por tanto, que el Apostolado de la Cruz es la doctrina del Evangelio acerca de la abnegación, practicada generosa y constantemente, con el fin de apartarnos del mundo, del demonio y de la carne, y unirnos a Cristo, nuestro Redentor, y unidos a El, amar a Dios y a las almas, expiar nuestros pecados, los del mundo entero y merecer gracias de conversión y de santificación para nosotros y para los demás; y aún más, llevar a las almas generosas a la contemplación de Cristo Crucificado y transformarlas en El, como lo estaba San Pablo: “Cristo es quien vive en mí”.*

Tiene el Apostolado de la Cruz una significación teológica digna de considerarse atentamente: presupone la doctrina de los méritos infinitos de Cristo, con quien debemos estar unidos como el sarmiento con la Vid; la mediación universal de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en la adquisición de las gracias y distribución de las mismas; el mérito de justicia y de amistad que tienen nuestras buenas obras y nuestros sufrimientos para hacer extensiva en nosotros la pasión de Cristo; y la solidaridad espiritual que tenemos con el Cuerpo Místico de Cristo.

La doctrina del Apostolado de la Cruz no es nada nuevo; nació con el Evangelio; es de todos los tiempos y todas las edades; es contrición que purifica, es luz indeficiente que ilumina, es fuego abrasador que transforma. Es la virtud de la Cruz de Cristo.

*“Cuanto a mí, dice San Pablo de su puño y letra a los Gálatas, no quiera Dios que me gloríe, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (7)”.*

*“Corramos al combate que se nos ofrece, escribe a los Hebreos, puestos los ojos en el autor, consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la Cruz, sin hacer caso de la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios (8)”.*

Y poniendo Jesús las condiciones para ser su discípulo, nos dice: “*El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo y tome su Cruz y sígame (9)*”. Y en otro lugar: “*El que halla su vida, la perderá y el que la perdiere por amor a Mí, la hallará (1)*”.

Sobre lo cual comenta San Agustín: “*Felices, qui oderunt custodiendo ne perdant, amando (11)*”. Bienaventurados quienes para guardar la vida la odiaron, no la fueran a perder amándola.

Y San Bernardo comenta: “*Ciertamente la Cruz es preciosa y puede amarse y tiene gozo; así es. Y si hay quien la tome, tenga presente que el árbol de la Cruz siempre da la vida, produce felicidad, derrama aceite de alegría y hace brotar el bálsamo de los carismas espirituales (12)*”.

\* \* \*

Allí tenemos lo que es el Apostolado, una de las Obras de la Cruz, y su oportuna acción santificando a las almas. No hay duda de su aparición providencial en el mundo.

Dos aspectos hay en él: el uno que podríamos llamar material y consiste en disponernos a la Unión con Cristo por las virtudes de pureza y sacrificio, y el otro formalísimo, fundamental, unirnos por el amor divino a Cristo, Sacerdote y Víctima, en el sacerdocio efectivo de una misma oblación y de una misma vida.

Este aspecto fundamental nos debe llevar normalmente, si somos generosos, a nuestra transformación en Cristo; y para ello, ha de conducirnos a la contemplación infusa de Cristo Crucificado, mediante los dones de sabiduría y entendimiento, que son contemplativos por excelencia.

Pero a esas alturas sólo llegan las almas generosas. En esas alturas el amor de la Cruz lleva una participación secreta y arcana, pero fecunda y santificadora, de Cristo Sacerdote y Víctima.

¡Qué profundo contenido espiritual tiene el Apostolado de la Cruz! ¡Ojalá que pudiéramos vivirlo intensamente a fin de ser sus apóstoles! Con cuánta razón nos insistía el R.P. Garrigou-Lagrange: “*Cuando asistamos al santo Sacrificio de la Misa, aprendamos a vivir del sacrificio de la Cruz, perpetuado en su sustancia en el altar. De una manera especial pidamos la inteligencia de la Cruz y el amor de aquellas cruces que nos tiene preparadas la Divina Providencia desde toda la eternidad hasta nuestra entrada en el cielo. Recordemos la Ley de la vida cristiana: “Si el trigo, sembrado en el surco, muere, produce fruto abundante”.*

JOSE CABRAL, M.Sp.S.

---

(1) I Ioann., II, 16. — (2) I. I. q. 77, a. 4. — (3) De Civitate Dei, I. — (4) Matth., XV, 19. — (5) Loc., cit. c. I, al comienzo. — (6) Galat., VI, 14. — (7) Hebr., XII, 1-2. — (8) Matth., XVI, 4. — (9) Ib., XVI, 25. — (10) Matth., XVI, 25. — (11) Tract. 51 in Ioann., sub. med. — (12) Fiesta de S. Andrés.



## LITURGIA

---

### VESTIDURAS SAGRADAS

**CASULLA.**—Es la más importante de las vestiduras sagradas.

Al principio, los sacerdotes no tenían vestiduras especiales, sino que usaban las mismas de los romanos en aquella época. Poco a poco se fueron adaptando al culto divino hasta convertirse en los actuales ornamentos.

La casulla —y también la capa pluvial— tuvo su origen en la “*paenula*” de los romanos. Era una vestidura circular con una abertura en el centro por donde se introducía la cabeza; cubría ampliamente todo el cuerpo de arriba a abajo y por todos lados; tenía también un capuchón para cubrir la cabeza. Protegía contra el frío y la lluvia. Cuando hacía buen tiempo, la levantaban sobre los hombros para dejar expeditos los brazos. En la noche, se envolvían en ella para dormir. Es un abrigo tan natural, que ha perdurado a través de los siglos y se ha extendido entre los demás pueblos: es la túnica de los antiguos, el traje bizantino, el “*gandurah*” de los árabes, la toga de los magistrados y hasta “las mangas de hule” de los charros y el gabán o poncho de los indios.

San Pablo le escribe a Timoteo que le mande su pénula que dejó olvidada en Troas, en la casa de Carpo (1).

En 382, la pénula se reservó para los senadores, como su vestidura propia.

Los mismos romanos empezaron a recortarla y, en lugar de la forma circular, le dieron una forma elíptica para facilitar el movimiento de los brazos; o bien, la abrieron por delante, tomando más o menos la forma que tiene ahora la capa pluvial. En ésta, la capucha que cubría la cabeza se convirtió en el “estolón”. Por lo que el lugar de éste debe ser la parte superior de la capa y no la parte media, como se ve en las capas pluviales de estilo español e italiano.

Por el siglo IV, la p nula se convirtió en una vestidura sagrada. Primero la llevaban todos los fieles cuando asistían a los oficios litúrgicos; después se reservó a los clérigos, pero hasta el siglo VIII era común a todos, desde el Papa hasta los acólitos; al fin, se reservó a los sacerdotes.

Como un vestigio de aquella costumbre, actualmente el diácono y subdiácono, en Adviento y Cuaresma, llevan casullas, pero plegadas por delante (2).

Este ornamento tiene varios nombres: *Planeta*, es tal vez una corrupción de "p nula" o se deriva de "planus", plano. *Amfibalos*; desde el siglo IX dejó de llamarse así. *Casulla* de "casula", pequeña cosa o tienda.

Es muy de notar: 1) que la casulla ha tenido una forma amplia durante la mayor parte de los siglos que la Iglesia lleva de existir, quizá hasta el siglo XVI.

2) que en algunos países, como Alemania, Inglaterra, Países Bajos; y algunas Ordenes, como Benedictinos, Cartujos, Trapenses, no han dejado de usar esa forma amplia.

3) que actualmente es quizá la forma más extendida, porque no es propia de un país, como la italiana, francesa, española, sino universal.

4) que de una forma de casulla tan antigua y tan universalmente admitida no puede decirse que sea una innovación ni que se aparte de los usos recibidos por la Iglesia.

5) que, antes bien, las rúbricas suponen que la casulla es amplia. El Ceremonial de los Obispos (L. II, cap. 8, n  19) dice que los ministros le ponen la casulla al Obispo y se la pliegan cuidadosamente sobre los brazos para que no le impida los movimientos. Y las rúbricas del Misal (VIII, 6) dicen que el ac lito levante la casulla con la mano izquierda para que no le estorbe al sacerdote al levantar los brazos.

En conclusión y de acuerdo con autores litúrgicos de primera nota: la casulla amplia no sólo no está prohibida, sino que es la que se conforma más a la tradición, a las rúbricas y al arte litúrgico.

*"Todos estos testigos de países y de tiempos tan diversos nos afirman que las casullas amplias, cuyo prototipo es la p nula antigua, tienen en su favor doce siglos y más, duración imponente que hace de ellas las casullas TRADICIONALES, UNIVERSALES, CATOLICAS (3)".*

De manera que la controvertida respuesta de la S.C. de Ritos del 9 de diciembre de 1925 sólo intenta impedir abusos; no prohíbe las casullas amplias donde ya se usaban sin que esto haya dado lugar a turbaciones entre los fieles; pero, donde no se han usado, la Santa Sede quiere que se le someta antes el asunto (4). De hecho, la Santa Sede concede con facilidad esta autorización.

Además, una moderada amplitud de la casulla, como la que señala San Carlos Borromeo, o Gavanti, —casullas que son rigurosamente romanas—, sin duda alguna que no está comprendida en el decreto anterior y que puede usarse sin escrúpulo.

Lo que veremos con más claridad, estudiando la evolución de la casulla.

J. G. TREVIÑO, M.Sp.S.

---

(1) II Tim., IV, 13. — (2) Es una corruptela la costumbre española de usar unas casullas más cortas por delante para el diácono y subdiácono en las misas de Adviento y de Cuaresma. Estas no son casullas plegadas —como las ordena la Liturgia— sino recortadas. ¡Siempre la ley del menor esfuerzo y de la comodidad, tergiversando las prescripciones de la Iglesia! — (3) Dom Roulin, "Linges, Insignes et Vêtements", p. 62. — (4) J. Pauwels, S.J., "La forme des ornements liturgiques".

*Está en prensa el nuevo Manualito  
del "Apostolado de la Cruz"*



---

## “LA CRUZ”

*Apostolado Litúrgico de los Misioneros del Espíritu Santo*

Ofrecemos a los sacerdotes, seminaristas, religiosas y fieles, todo lo relativo al culto divino: lino, brocados, ornamentos, vasos sagrados, misales, breviarios, liber usualis, misales de Dom Lefebvre para los fieles y demás libro litúrgicos.

Esta obra no tiene ninguna relación con otra que ha tomado el mismo nombre. Pida informes al Apartado 1580. México 1, D. F., o personalmente en las oficinas de esta revista.

---





## EL AMBICIOSO

---

ERA un joven plenamente dotado. Todo lo que la naturaleza puede dar de gracia, de espíritu, de voluntad, todo lo había concedido.

Aprendía cuanto estudiaba, retenía lo que había aprendido y sabía utilizar los tesoros que acumulaba en su memoria.

En torno suyo murmuraban: su vida será un éxito... lleva el camino del triunfo... si él no triunfa en la vida, entonces ¿quién podrá lograrlo?

\* \* \*

El mismo no desconocía su mérito... quizá aun se lo exageraba un poco, pues no faltan personas indiscretas que cometen el error de adular a los jóvenes.

Por eso se había convencido de que en la tierra tenía que cumplir una gran misión.

Quiero ser *alguien*, decía; y quiero hacer *algo*... Tenía ambiciones de gloria, hambre de fama. Pero ¿cómo conseguirlas?

Ahí estaba la dificultad. Y lleno de ansiedad, se repetía: —Quiero ser alguien, pero ¿quién? Quiero hacer algo, pero ¿qué?

\* \* \*

Algunas veces soñaba en Ampère, en Edison, en Pasteur... Y se decía: seré un sabio y, por la ciencia, un benefactor de la humanidad.

Y se veía inclinado sobre el microscopio, y entre retortas y alambiques para descubrir los microbios... para filtrar los sueros que habían de derrotar a la tuberculosis, al cáncer, a la lepra.

Y contemplaba los siglos que lo veneraban y que con gran respeto pronunciaban su nombre, casi de rodillas... Y pen-

saba en los himnos de alabanza que le dirigirían todos los que su ciencia hubiera salvado...

Y lleno de entusiasmo, deslumbrado por su sueño, exclamaba: ¡Sí, seré un gran sabio!

\* \* \*

En otras ocasiones, la gloria de Alejandro, de César, de Napoleón, de Foch, lo deslumbraba. Decíase entonces: —¡Seré militar!

Y veía en espíritu sus futuras conquistas. ¿Qué es necesario para vencer? ¿Audacia? La tenía; ¿decisión rápida? presencia de ánimo? Era bravo, rápido, decidido... tenía las cualidades guerreras.

La patria espera un jefe, una espada a su servicio, que la defienda de sus enemigos y le permita levantar la frente... ¿Si fuera yo?

Esta esperanza no le parecía irrealizable. Cuando Napoleón salió por primera vez de Córcega, ¿acaso se imaginaba que iba a ser emperador? ¿No sería posible que la estrella de Napoleón pudiera lucir sobre otra frente?

Y precisaba su sueño diciendo: Cuando haya triunfado, organizaré... dictaré leyes justas, leyes sociales, que solucionen los grandes problemas del día. ¡Y mi patria me bendecirá!

Y como si el sueño fuera luego a convertirse en realidad, se repetía: ¿Y por qué no?

\* \* \*

En la fiebre de trabajo que debía llevarlo a las conquistas científicas o guerreras, aquel joven devoraba las obras del saber humano.

Los trabajos de los grandes astrónomos, matemáticos, químicos, jurisconsultos, estrategas... Leía con avidez, imaginándose que debía su porvenir.

Un día cayó en sus manos un modesto volumen... un librito al parecer de ningún valor. Pensó en despreciarlo; pero, volvió sobre sí, pensó: No, hay que conocer de todo.

Era una obra sobre la Santa Misa. ¿Cómo fue a dar a sus manos? Hay a veces casualidades... que arregla la Providencia.

Desde las primeras líneas, de tal manera le interesó, que ya no lo pudo dejar. El autor, sabio teólogo y sacerdote muy piadoso, lo hizo entrar en un mundo desconocido; a cada página le iba revelando maravillas para él ignoradas hasta entonces.

Ahí comprendió que el acto más grande, el más sublime, que puede realizarse en el universo es la celebración de una Misa.

Durante la celebración de la Santa Misa, los ángeles están en éxtasis, en torno del celebrante, adorando a un Dios aniquilado... La Madre de Jesús asiste al sacerdote, como asistió a su Hijo en el Calvario... todo el cielo se llena de júbilo... el Purgatorio se vacía... la tierra se inunda de gracias...

Una sola Misa hace más bien al mundo que todos los descubrimientos de los sabios... que cien batallas de cien Napoleones... que todos los sueros medicinales, desde la vacuna de la viruela hasta la de Salk contra la Polio.

Y seguía leyendo ávidamente... Cuando pienso que el domingo he asistido a la Misa de una manera tan indiferente, tan distraída... Entonces ignoraba lo que valía la Misa; ahora, empiezo a comprenderla. Y volvió a tomar el libro que le seguía descubriendo nuevos horizontes.

Si el mundo no ha sido aniquilado por Dios en ocasiones innumerables... si no lo ha ahogado un nuevo diluvio... ni lo ha consumido el fuego de Sodoma... es porque la oblación cotidiana de la Misa hace contrapeso a la malicia de los pecadores.

Sentado a su escritorio, con la cabeza inclinada sobre el libro, el joven meditaba cada una de las palabras que leía.

Estaba deslumbrado... Parecía un hombre que acaba de mirar de frente al sol y que, deslumbrado, ya no puede distinguir las cosas de la tierra... Todo, en torno suyo le parecía deslustrado, opaco, sin interés alguno.

—Nunca hubiera creído —pensó— que este librito me produjera semejante impresión...

Cuando terminó su lectura, lo cerró y lo guardó en su biblioteca. —Ya pasará esta emoción... como todas, pensó para sí. Y se entregó a ocupaciones más positivas y más directamente prácticas.

\* \* \*

¡Cosa extraña!... Pasaba el tiempo, y aquella idea, lejos de pasar, se le hundía cada vez más en el corazón...

El sueño, por tanto tiempo acariciado, de ser un nuevo Pasteur, un Ampère, un Napoleón, un Foch, había perdido el atractivo de antaño.

—La gloria —se decía— es algo hermoso, pero al fin se convierte en un poco de humo... Napoleón en su gran tumba de "*Los Inválidos*", no es más que un esqueleto...

Pero —se objetaba— ¿la ciencia?... ¿curar las enfermedades?... ¿mejorar la sociedad?...

La respuesta, sin embargo, saltaba luego:

—Hay algo más grande y más hermoso... hay algo más bienhechor... hay algo que supera a todo, como Dios supera al hombre, como lo increado sobrepasa a lo creado: hay la Misa... los poderes divinos del sacerdote.

Las reflexiones se hacían cada vez más apremiantes.

A las veces, inclinado sobre su escritorio; a las veces, paseando por el campo, al aire libre para refrescar su cabeza calenturienta; a las veces sentado, con la cabeza entre las manos; a las veces, meditando de rodillas, pensaba:

—Celebrar la Misa... decir una palabra que trasmite órdenes al cielo... que produce el milagro más estupendo: la transubstanciación y la presencia real...

Y después de la Misa, escuchar la confesión de los pecadores y absolver sus faltas usando la autoridad misma de Dios...

Y correr a la cabecera de los enfermos para abrirlas, con la omnipotencia misma de Dios, las puertas de la eternidad... Bautizar, predicar, consolar, sacrificarse...

¿Hay en el mundo algo más grande?... ¿algo más hermoso?... ¿algo más digno de ser ambicionado?

Sentía entonces que surgían del fondo de su alma todas sus ambiciones... recordaba que había jurado ser grande, ejercitar una acción tan vasta como el mundo... que había soñado locamente en ser un hombre superior...

Y se daba cuenta que todas esas ambiciones tomaban cuerpo... que su sueño se realizaba... que su ideal se concretaba en un hombre sin esposa, y sin familia, vestido con una túnica negra que significaba su muerte al mundo, cuyo pies apenas tocaban la tierra y cuyo poder no tenía semejante, porque su autoridad es más vasta que los horizontes de la tierra y se dilata en la inmensidad del cielo...

—Sí, este hombre es grande, muy grande, más grande que todos los sabios y todos los héroes.

Después de muchas horas de lucha, de prolongadas reflexiones, de combates interiores, de angustias —porque estas resoluciones no se toman sin íntimos estragos— se decidió:

—Quiero ser "*alguien*", y ¡seré sacerdote!...

—Quiero hacer "*algo*", y ¡celebraré la Misa!...

\* \* \*

...¿No hemos visto alguna vez pasar por la calle a un anciano sacerdote de cabellos blancos?... Camina recogido, encorvado, más que por el peso de los años, por el desgaste de un trabajo duro, de una vida de sacrificio...

Pasa... y la gente lo codea sin prestarle atención alguna.

Pero este hombre es feliz, porque realizó de una manera plena los sueños ambiciosos de su juventud lejana.

Hace muchos años que se hizo algo más que rey... algo más que héroe... algo mejor que sabio: ¡se hizo sacerdote!

SEMINATOR CHRISTI (1)

(1) Adaptación de Grimaud, "¿Prêtre?... ¿pour quoi pas?"



Princeton Theological Seminary Library



1 1012 01458 1542

FOR LIBRARY USE ONLY.



